



*Sabina, una joven y hermosa sirena, se ha convertido en la esposa de todos los de su raza. Ocultas en el fondo del mar, y desde que fueron derrotadas por Ulises, las sirenas no han podido volver a encantar a los navegantes. ¿Cuáles aventuras corre Sabina para cumplir con su propósito de atraer nuevamente a la humanidad con la magia y el hechizo de su canto?*

Hernán del Solar, Premio Nacional de Literatura, se ha consagrado como uno de los grandes creadores de obras infantiles juveniles. Entre sus muchos libros, destacan por la originalidad de sus tramas, el atractivo de sus personajes y los valores positivos que contienen. *Maté*, el misterioso desconocido, *La Poción*, *Invencibles* y *El mundo*, cuando el viento despareció y *El crimen de la calle Dorada*.



9789506172400

785000

HERNÁN DEL SOLAR • MEMORIAS DE UNA SIRENA



## MEMORIAS DE UNA SIRENA

Hernán del Solar

# Memorias de una sirena

Hernán del Solar



Ilustraciones de  
MARÍA SOLEDAD BERTUCCI.

*Dejón de Color*  
I.S.B.N.: 956-12-1460-1  
9ª edición: enero de 2009.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 956-12-1474-1  
10ª edición: enero de 2009.

©2002 por Sucesión de Hernán del Solar Aspíllaga.  
Inscripción N° 125.486, Santiago de Chile.  
Derechos exclusivos de edición reservados  
para todos los países por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.  
Teléfono 8107400, Fax 8107455.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni  
en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido  
por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación,  
CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra  
forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por RR Donnelley.  
Antonio Escobar Williamsol 590, Cerrillos,  
Santiago de Chile.

## ÍNDICE

DONDE REVELO MI NOMBRE Y HABLO DE MI TÍA TULA	
CAPÍTULO 1	
Donde revelo mi nombre y hablo de mi tía Tula	7
DONDE POR PRIMERA VEZ ME HABLAN DE NUESTRA HISTORIA	
CAPÍTULO 2	
Donde por primera vez me hablan de nuestra historia	23
DONDE APROVECHO MIS HORAS LIBRES	
CAPÍTULO 3	
Donde aprovecho mis horas libres	35
DONDE ESCAPO A LA SUPERFICIE DEL MAR	
CAPÍTULO 4	
Donde escapo a la superficie del mar	49
DONDE LAS SIRENAS LLORAN Y ME ABRAZAN	
CAPÍTULO 5	
Donde las sirenas lloran y me abrazan	57
DONDE ME CONVIERTO EN CAZADORA	
CAPÍTULO 6	
Donde me convierto en cazadora	71
DONDE UN HOMBRE ME ENCUENTRA	
CAPÍTULO 7	
Donde un hombre me encuentra	79
DONDE UNA MONEDA RESUELVE MI DESTINO	
CAPÍTULO 8	
Donde una moneda resuelve mi destino	85
DONDE VIVO UNA EXISTENCIA INIMAGINABLE	
CAPÍTULO 9	
Donde vivo una existencia inimaginable	95
DONDE SE HABLA DE LA CASA A ORILLAS DEL MAR Y DE TODO LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS.	
CAPÍTULO 10	
Donde se habla de la casa a orillas del mar y de todo lo que sucedió después.	105
HERNÁN DEL SOLAR Y SUS OBRAS	115

## CAPÍTULO I

### DONDE REVELO MI NOMBRE Y HABLO DE MI TÍA TULA

Comprendo perfectamente que soy inexperta y que es una aventura demasiado grande la que ahora emprendo al escribir mis memorias. Pero necesito hacer algo, y me he decidido a contarle todo.

Me llamo Sabina. Soy una sirena de pelo verde, ojos azules y voz sonora. Cuando me aburro, canto.

Pero apenas he escrito estas pocas palabras me doy cuenta de que no es así como debo comenzar mi historia. De manera que voy a hacer algunas confesiones muy diferentes.

Ante todo, conviene que se sepa la verdad. Nací huérfana. No conocí a mis padres. En

cambio, apenas abrí los ojos conocí a mi tía Tula. ¡Terrible desgracia que me afligió durante un día entero y muchos otros!

Tía Tula era vieja. Tenía el rostro arrugado, una peca azul en la mejilla izquierda y los ojos tan enrojecidos por la sal del mar, que parecía estar llorando siempre.

—Es una tremenda cosa el haber nacido sirena —decía a menudo—. Nunca he podido acostumbrarme a la sal: me seca la lengua y me enrojece los ojos. Soy la única sirena de agua dulce que existe desde el primer día de la creación.

—¿Tan antigua eres? —le preguntaba yo, con una inocencia purísima.

Me miraba frunciendo la nariz —una mueca que nunca se olvidaba de hacer— y me dejaba sola, porque se alejaba gritando que no volvería a verme. Sin embargo, al poco rato estaba de nuevo conmigo. Me necesitaba. Sin mí, no podía refunfuñar a gusto. Y si no refunfuñaba, se moría.

Cuando la conocí, al abrir por primera vez mis ojos azules tan alabados, tía Tula tenía una

edad incalculable. Tal vez cuatro mil años, tal vez más. Nunca he sabido calcular con precisión y no será ahora cuando aprenda.

Pues bien: al abrir los ojos, ahí estaba la cara de tía Tula, inclinada sobre mí, contemplándome con vaga sonrisa y dos lágrimas del tamaño de una ostra. Apenas advirtió que la miraba, se inclinó un poco más y me besó. Entonces supe lo que era el olor a pez. Fue mi primer conocimiento.

—¡Linda, linda, linda! —me dijo.

Era una palabra que silbaba entre sus dientes y hacía burbujas en el agua.

Para no mentir, declaro que este recuerdo es bastante confuso. Una sirena recién nacida no sabe absolutamente nada y tiene que acostumbrarse a mirar y a oír para darse cuenta de las cosas. Pero siempre he estado convencida de que mi tía Tula me dijo:

—¡Linda, linda, linda!

Entonces me puse a pensar: “¿Por qué es tan fea?” No me gustó mi tía Tula. Desde el primer momento sentí que una sirena debía

ser hermosa. Es algo muy explicable que yo entiendo muy bien. Se nace sintiendo lo que debe ser una sirena. De modo que cerré los ojos, fingiendo que deseaba dormir. Y mi tía Tula me dio a conocer la primera canción de cuna que he escuchado:

*-Duérmete, Sabina,  
Duérmete, que el delfín  
Por la arena fina  
Camina, camina  
Sin fin,  
Buscándote a ti.*

De buena gana me hubiera sonreído. La canción me había enseñado dos cosas: que me llamaba Sabina y que existían los delfines. No me desagradó mi nombre. En cuanto a los delfines, me prometí salirles al encuentro, cuando fuera grande, para decirles amablemente:

*-No me busquen más. Aquí estoy.*

La canción calló de repente. Mi tía Tula salió sin hacer ruido, creyéndome dormida. Entonces

abrí los ojos y me entretuve mirando todas las cosas. Estaba en un cuarto de coral. En un rincón había un retrato de la tía Tula. Era joven y fea. Tenía un laúd en las manos, estaba sentada en una roca y alrededor de su cabeza volaban unos patos marinos de cuello largo. Más allá había, dentro de un marco de madreperla, una sirena bellísima. Comprendí que era mi madre, que mis ojos eran iguales a los suyos, y lloré calladamente al pensar que no la vería nunca. Ya he dicho que nací huérfana.

Después, durante todo el día, hubo visitantes. Mi tía Tula les hablaba de mí. Todos aseguraron que me parecía a mi madre, y esto me dio a conocer la alegría. Una sirena gorda me tomó entre sus brazos y me puso en la boca un biberón. Así fue como supe que la leche de ballena no es mala.

Y volvieron en seguida a cantarme. Algunas voces eran hermosas y me aficionaron inmediatamente a la música. Quise cantar también. Pero todas las sirenas amigas de mi tía Tula dijeron que estaba llorando y que convenía

tranquilizarme y hacerme dormir. Salieron del cuarto y me quedé sola con mi tía, que volvió a cantar entre dientes:

*—Duérmete, Sabina,  
Duerme, que el delfín...*

Para no oírla más, cerré los ojos. Y me dormí apenas se marchó.

El segundo día se pareció al primero. Y muchos otros se parecieron al primero también. Tía Tula me cantaba, me ponía el biberón en la boca, y yo bebía con gusto la leche de ballena; miraba el retrato de mi madre y me dormía.

De pronto comencé a hablar. Deseaba decir muchas cosas y sólo articulaba un sonido:

*—Aao... Aao.*

Esto hacía reír a mi tía Tula y yo me desesperaba agitando mi cola de pez y arrugando mi cara de niña bonita. Pero al poco tiempo sabía decir muchas palabras. Y empecé a inventar mis propias canciones. No andaba todavía,

cuando una tarde entró en mi cuarto tía Tula y me dijo:

*—Cantas como las sirenas antiguas. Estoy contenta, feliz, jubilosa, llena de dicha. Vas a ser el orgullo de nuestra raza. Contigo resucitarán nuestras magníficas tradiciones.*

Y me besó largamente, sentándose después junto a mi cuna de piel de tiburón. Entonces me di cuenta de que había estado cantando en voz demasiado alta y me dije: "no lo hagas otra vez porque tía Tula se llena de recuerdos y no te deja en paz".

Entretanto había conocido a varias sirenas de distintos tamaños y apariencias. Las unas eran largas y flacas; las otras, gordas y pequeñas, pero también las había de hermoso cuerpo y rostro encantador. Unas me enseñaban a pronunciar las erres sin valerme de la nariz; otras me contaban que la hache era muda y que debía tenerme sin cuidado. También me enseñaron a caminar y, en cuanto supe hacerlo con cierta gracia, me dieron las primeras lecciones de baile. Mi profesora era una sirena muy respetada.

Con sus danzas y sus cantos, en un estrecho de aguas bravas, había hundido en otros tiempos a toda una escuadra. Cantaba en italiano y el resto del día hablaba en griego.

Cuando fui capaz de ir de un lugar a otro sin ayuda de nadie, tía Tula me condujo a su cuarto, al fondo de una gruta que tenía el techo decorado de preciosas estalactitas y el suelo cubierto de estalagmitas de diversos colores.

—¡Cuidado! —me dijo al entrar—. ¡No vayas a caerte!

Me senté en una perla gigante y me dispuse a escuchar. Era evidente que mi tía Tula deseaba hablarme.

—Sabina —me dijo—, eres una sirena maravillosa. Desde que naciste he sentido que serás el consuelo de tu tía vieja y de todas las de mi raza. Tienes una voz admirable, una cara muy bella, y estás aprendiendo a bailar con una facilidad que me enorgullece. Pero ya estás en edad de saber ciertas cosas que no debo ocultarte.

Por primera vez mi tía Tula me interesó de veras. Iba a hablarme, seguramente, de todo



aquello que muchas veces yo me había preguntado a solas, sin ser capaz de encontrar buenas respuestas.

—Ante todo —me dijo—, has de saber que somos sirenas. No lo olvides nunca.

Esto me desilusionó bastante. Ya lo sabía. ¿Para qué repetírmelo?

—Te extraña, sin duda —agregó—, que te diga algo que tú crees saberlo tan cabalmente como yo. Pero no es así. Una sirena joven y bonita se olvida a menudo de su condición y se comporta de una manera poco recomendable. Ha habido sirenas curiosas que han llegado, por ejemplo, hasta lejanas costas y escondidas tras una roca se han puesto a mirar a los hombres y a las mujeres. Después, al regresar, han sentido el deseo de vestirse y acicalarse. ¡Gravísima tentación! No debemos envidiar a las mujeres, que son muy inferiores a nosotras. Siempre hemos de estar recordando que somos sirenas, y con todo orgullo. Nuestra historia es muy antigua y gloriosa. Si ahora nos encontramos momentáneamente en decadencia, no debemos

desanimarnos. Cualquier día resucitaremos nuestra historia y volveremos a ser temidas y admiradas. Tenlo siempre presente, Sabina; nuestro enemigo es el hombre.

—Me gustaría conocerlo. ¿Cómo es?

Tía Tula puso los ojos en blanco. Se llevó las manos al pecho, porque se ahogaba de indignación, y vi que su cola se agitaba con penoso desasosiego.

—¿Conocerlo? —me dijo—, ¿Conocerlo? ¿Te he traído aquí, precisamente, para enseñarte que no debes conocerlo. Todas nuestras esperanzas están puestas en ti. Conocerás al hombre cuando seas grande, cuando sepas todo lo que has de hacer para atraerlo a los abismos del mar y vencerlo definitivamente. Pero ahora, mientras te encuentras en tu período de aprendizaje, has de vivir en nuestra casa, sin alejarse nunca, ¿me oyes? ¡Nunca, nunca!

Y la tía Tula levantó los brazos hacia las bellas estalactitas del techo para decirme por última vez con voz trágica.

—¡Nunca!

Salí del cuarto de tía Tula con una curiosidad que me obligaba a avanzar de prisa. ¡Qué ansias tan grandes de conocer al hombre! ¡Cómo me hubiera gustado encontrarlo en mi cuarto, esperándome! Entonces le diría:

—“¡Ah! ¿Tú eres el hombre? Bueno: explícame, por favor, por qué te odia tanto tía Tula”.

Pero el hombre no estaba en mi cuarto. Sólo había corales y dos retratos de sirenas, uno muy feo, otro muy bello, y al lado de mi cama una lira que tía Tula me había regalado tiempo atrás, en mi cumpleaños.

Desde aquel día, tía Tula me llevó muchas veces a su cuarto. Cuando era tarde, encendía algunas estalactitas y me gustaba la luz verde. Yo me sentaba en la perla gigante y la oía contar historias.

Una mañana, lo recuerdo perfectamente, salí de paseo con ella. Era la primera vez que me alejaba un poco de casa. Ibamos rápidamente, porque hacía frío. De pronto mi tía Tula sonrió con alegría e inclinó graciosamente la cabeza.

—¿A quién has saludado? —le pregunté

—Es un delfín —me contestó.

Entonces volví la cabeza. Recordé las canciones de cuna de tía Tula y pensé: “Si el delfín me buscaba tanto por todas partes, ¿por qué no se detiene ahora a saludarme?” Y me sentí apenada de su indiferencia.

Pero pronto me consolé con todo lo que veía. Los caminos del mar son indescriptibles. Hay cosas que no tienen nombre —al menos yo no los conozco, ni tampoco tía Tula, a pesar de sus años— y estas cosas gustan desde el primer momento. Pero tía Tula no quería que me detuviera a mirarlas

—Una sirena bien educada —me decía— no mira nunca hacia atrás ni se detiene a curiosear como si no le hubiesen enseñado buenos modales

Nadábamos, pues, tan de prisa, que me dolían los ojos de tanto ver cosas ignoradas, en vertiginosa carrera. Pero más le dolían a tía Tula, que se quejaba de la sal, como de costumbre

—Si no hubiera sido por nuestra derrota —me dijo de repente—, viviría en un río. He nacido para el agua dulce. La sal me irrita la vista y

me seca la lengua. Tendremos que volver a casa en seguida.

—¿Nuestra derrota? —le pregunté—. No te entiendo, tía Tula.

—No puedes entenderme, Sabina —me dijo—, porque nunca te he contado nuestra historia. Esta misma tarde te explicaré nuestras pasadas grandezas. Pero ahora, ¡a casa! Ya no soporto el dolor de los ojos.

—¿Por qué no te inventas unas antiparras? —le pregunté.

Se detuvo a mirarme. Parpadeó como una loca.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? —me preguntó.

—No sé, tía Tula. Pero creo que unas antiparras te vendrían bien.

No me dijo nada. Avanzó más de prisa y de improvisado gritó:

—¡Cierra los ojos, Sabina!

Sin saber por qué, cerré los ojos, apretándolos mucho. Tía Tula me tomó de una mano y me dijo:

—Yo te guiaré para que no te caigas. Pero no abras los ojos hasta que yo te lo indique.

—¿Hay algún peligro? —pregunté.

—Uno muy grande, inmenso —respondió— ¡No quiero que veas ese barco sumergido!

¿Barco? ¿Qué era un barco? Por cierto, abrí los ojos en seguida, sin que mi tía Tula se diera cuenta, pues sólo se preocupaba de correr para alejarse de aquel sitio. Y lo que vi no me pareció peligroso, ni mucho menos: un barco hundido es como una roca de color sucio; trepan por él unas plantas fosforescentes y unos peces chiquitos vienen y van en torno.

Cuando llegamos a casa, tía Tula estaba sin aliento. Abrió en su cuarto un cofre pequeñito, de piedra blanca, y sacó una píldora.

—Si no tomo hígado de bacalao —me dijo—, me siento mal todo el día.



## CAPÍTULO 2

### DONDE POR PRIMERA VEZ ME HABLAN DE NUESTRA HISTORIA

**T**erminado el almuerzo, tía Tula me dijo que saldría un rato, que no me moviera de casa y que, en su ausencia, estudiarara un poco la última danza que entonces aprendía.

Me fui a mi cuarto, abrí mi ventana y me entretuve mirando inmóvil los caminos del mar. Entretanto pensaba. Dos cosas me interesaban profundamente: el hombre y los barcos. ¿Cómo era el primero? ¿Quién había construido a los segundos, y para qué? Largo tiempo estuve con estas preguntas dentro de la cabeza, volando de aquí para allá. Y cuando sentí, lejos todavía, los pasos de tía Tula que regresaba, cerré mi ventana precipitadamente y comencé a bailar

—Así me gusta, que obedezcas y bailes —me dijo—. Lo haces muy bien

Cuando me volví a mirarla, me asombré y sonreí. Tía Tula llevaba unos anteojos oscuros

—Con esas antiparras —le dije riendo— debes verme como si fuese una sirena negra.

—¡No! —repuso— Te veo como eres, blanca y linda. Pero ¿por qué te ríes tanto? ¿Me encuentras muy fea así?

—¡Estás preciosa! —le contesté, saltando sobre ella y haciéndola bailar por mi cuarto, mientras los anteojos le resbalaban hasta la punta de la nariz

Tía Tula no quiso contarme de dónde había traído esos anteojos. Mucho después, cuando vi otros iguales, supe que los encontró en un barco sumergido

Pero esto no tiene importancia. En cambio, la tiene todo lo que me dijo aquella tarde. Yo estaba recostada, como de costumbre, en la perla gigantesca, y ella, frente a mí, en una estalagmita que tenía la forma exacta de una poltrona.

—Voy a hablarte —me dijo— de nuestra historia. Oyerme con atención. Hay cosas que sólo se cuentan una vez y no deben olvidarse nunca.

Y después de limpiar sus anteojos con un alga y de repetirme que ahora no sentía la menor molestia en la vista, comenzó a hablarme así:

—En aquellos tiempos, Sabina, vivíamos en todas partes. Se nos veía a menudo en la superficie del mar, recostadas en las grandes rocas, siempre dispuestas a cantar. Los hombres nos temían. Aseguraban que únicamente éramos dos o tres, lo cual nos hacía reír mucho. En realidad, estábamos en todos los mares y nos parecíamos tanto las unas a las otras, que cualquiera podía creer, al no vernos juntas, que éramos dos o tres y nada más. Nuestro canto atraía irresistiblemente a las embarcaciones, por grandes que fuesen. En vano los marineros luchaban con los vientos y el mar, tratando de alejarse. Nuestro canto los arrastraba hacia nosotras, que los dirigíamos hacia los arrecifes y los hacíamos naufragar. Entonces no volvía a saberse más de aquellos hombres. Eran para

nosotras un manjar exquisito, como lo es ahora para ellos el faisán.

—¿Y por qué no los comemos hoy?—pregunté—. ¿Acaso su carne ha perdido el buen sabor?

—No lo sé—contestó de mala gana—. Nunca los he probado, porque desgraciadamente nací cuando fuimos derrotadas. Pero mi madre me habló muchas veces de los grandes festines que se daban cuando hacían zozobrar un barco. Así, pues, lo que estoy contándote lo sé de muy buena fuente. Todo me lo ha dicho mi madre, hace mucho tiempo, tanto, Sabina, que no podrías creerlo. Soy más vieja de lo que supones. Sin embargo ¿no parezco joven todavía?

—La miré conteniendo la risa, y estaba tan seria e inmóvil para que pudiera examinarla bien, que no tardé en asegurarle que el delfín encontrado en la mañana, durante nuestro paseo, debió pensar que éramos hermanas.

—Le agradó mi respuesta, se acomodó un poquito más en su poltrona, y continuó:

—Cantábamos, entonces, como grandes, magníficas sirenas. Nuestras voces eran incom-

parables. Sabíamos que estábamos en el deber de conservar la perfección de nuestro canto. A veces hacíamos inolvidables concursos en las bellas islas solitarias. Cantábamos un día entero y a las sirenas premiadas se les ponía una corona de lenguas de erizo.

—¡Hermoso! ¡Hermoso!—exclamé, pensando en todo aquello.

—Para nosotras—continuó tía Tula—era imprescindible el buen canto. Teníamos que hechizar a los hombres con él; porque escrito estaba, no sé dónde, que cuando nuestras canciones no dieran ya sus habituales resultados, los hombres nos vencerían. Desde entonces tendríamos que vivir en los abismos submarinos. Y esto no nos agradaba. Amábamos nuestra libertad y nuestro poder. ¿Hay algo más hermoso que viajar de isla en isla y cantar en las rocas que el mar embiste? No lo hay, Sabina, no lo hay, te lo aseguro.

—Entonces, tía Tula, ¿por qué no nos vamos esta misma tarde a cantar en la isla no descubierta?

—Ya no es lo mismo, Sabina. Tú podrás hacerlo un día de verano cuando quieras. Yo no.

—¿Por qué? Si has perdido la voz, tía Tula, yo cantaré por ti, que me acompañarás con el laúd de tu adolescencia. Lo tienes en tu cuarto. Suena muy bien, porque lo he tocado

—¡Imposible! —suspiró tía Tula, enjugando sus antojos con mano nerviosa—. Desde el maldito Ulises, todo ha terminado para las sirenas de mi generación. Sólo tú puedes tener una esperanza.

—¿Ulises? —pregunté—. ¿Quién era?

Tía Tula se agitó en su poltrona, contrajo la cola con visible ira, se restregó las manos, meneó la cabeza:

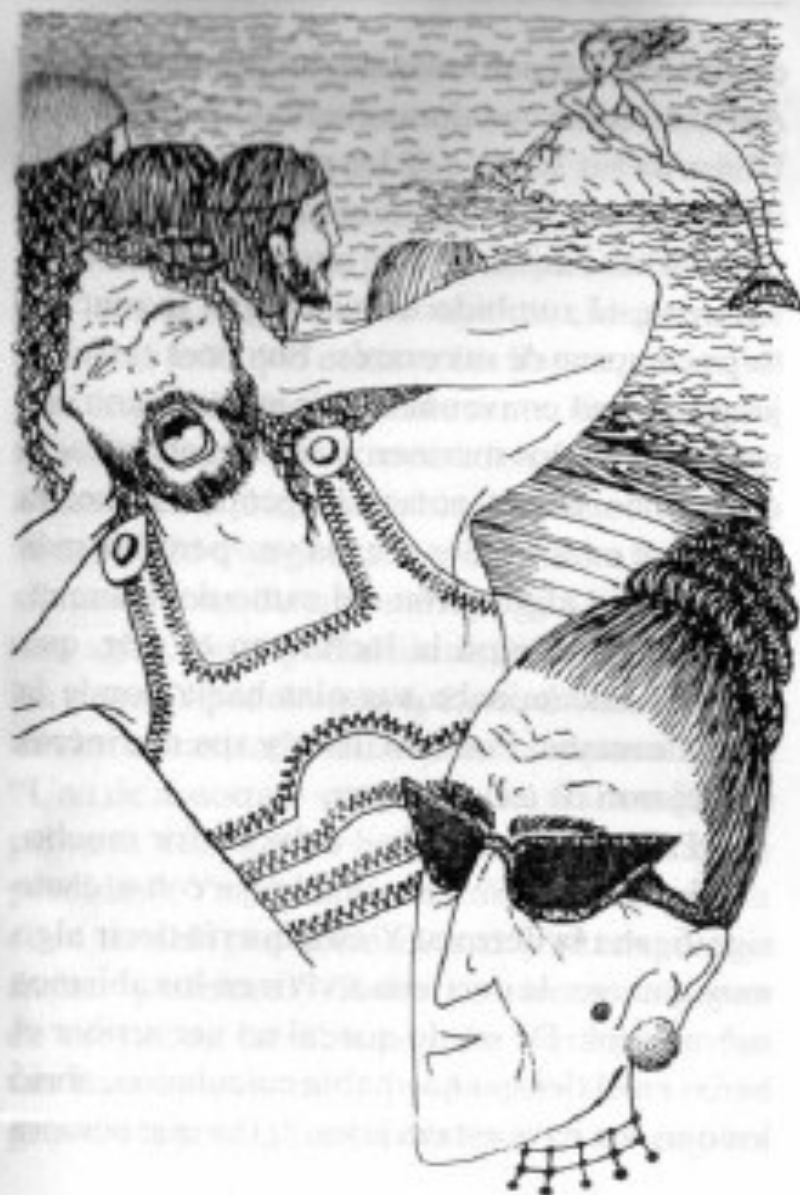
—Ulises —murmuró con desprecio— era un hombre.

—¿Y cómo pudo vencer? —dije

—Vas a verlo, Sabina. Estábamos acostumbradas, como te he contado, a atraer a los barcos con nuestras canciones. Nunca tuvimos el más pequeño fracaso. Pero ese hombre fue el mismo demonio. Estaba en su barco, paseándose con

las manos a la espalda, cuando comenzó a cantar una sirena. Ulises se detuvo. Se dio cuenta de que ese canto era demasiado hermoso para ser de mujer. Además ¿qué mujer podía cantar en mitad del océano? “¡Ah! —se dijo—, una sirena está cantando”. Y con una curiosidad muy explicable, tendió el oído. Entonces advirtió de repente que todos sus marineros estaban junto a él, escuchando con caras extasiadas. Y el viento empezó a soplar del lado que debía, es decir, arrastrando a la nave hacia la canción. Ulises lanzó un grito tremendo, se llevó las manos a los oídos, tapándolos con todas sus fuerzas. Los marineros fruncieron las cejas. ¿Por qué no les dejaba escuchar tranquilamente aquel canto inimitable? Pero Ulises abrió los brazos y les gritó a sus hombres, con desesperación: “¡Es una sirena, muchachos! ¿Entienden? ¡Es una sirena! Esto significa que vamos a morir”. Los marineros sonrieron vagamente. ¿Morir? ¿Y qué importaba? Ese canto hacía parecer bella la muerte. Pero Ulises no lo entendió así y comenzó a gritar con toda la energía de

su garganta: "¡Huyan, muchachos! ¡Huyan! ¡Tápanse los oídos con cera!" Y los empujaba hacia el interior del barco, repitiéndoles con repentino furor que estaban perdidos si no se daban prisa. Mientras tanto, la sirena cantaba. Cada nota flameaba en el viento como una victoriosa bandera. Sonreía la sirena y si no se relamía anticipadamente pensando en el festín, era para no perder su canto, que cada vez acercaba más a la nave embrujada. Pero Ulises, con sus propias manos, echó cera en los oídos de sus marineros. Y les preguntaba. "¿Oyen algo ahora?" ¡No! Ya no oían los marineros el canto de la sirena, y fruncían el ceño recordándolo. Algunos estuvieron a punto de lanzar lejos la cera de sus oídos; pero no se atrevieron a hacerlo, al mirar la cara imperativa de Ulises, que les imponía gran sumisión. Entretanto, cantaba la sirena. Y Ulises la escuchaba, palideciendo. Entonces, para no sentirse atraído, para no lanzarse al mar en busca de la admirable hechicera, les pidió a sus marineros, con voz temblorosa, que lo amarraran del palo



de la nave. El palo más ancho, el más fuerte. Así lo hicieron con duras cuerdas. Amarraron a Ulises de los brazos, de las piernas, del pecho, de la cintura. Tan fuertemente lo amarraron, que Ulises empezó a oír, en vez del canto de la sirena, el zumbido de su sangre, la ronca y torpe campana de su corazón. Entonces el viento juzgó que no convenía seguir jugando con esa nave, que ya los marineros enderezaban hacia otro rumbo. Ulises, amarrado, gemía. Le sonaba la sangre en los oídos y cada vez percibía más y más débil algún jirón del canto de la sirena. Duró largo tiempo la lucha con el mar, que también encaminaba sus olas hacia donde la sirena cantaba. Por fin Ulises y sus marineros se alejaron de todo peligro.

—¡Pobre sirena! —dije—. debió sufrir mucho.

—Esa sirena sabía que no embrujar con su canto significaba la derrota. Y ésta quería decir algo muy amargo: la condena a vivir en los abismos submarinos. De modo que, al no ver arribar el barco en el tiempo que había calculado, abrió los ojos. La nave estaba lejos. “¿Por qué demora

tanto?”, se preguntó la sirena. Y empezó a cantar más fuerte, más fuerte, empujándose para ver si la nave se acercaba. Tan alta e insostenible fue de pronto una nota que dio con la boca enteramente abierta y los brazos extendidos, que la nota se rompió de repente, chisporroteó como un leño que echan a las llamas y cayó al mar crujiendo desesperadamente. Era una nota falsa. Nunca le había sucedido semejante cosa a una sirena. ¡Nunca, Sabina! De modo que la sirena calló avergonzada y empezó a llorar en silencio. Inmediatamente se agitó el mar: era una agitación especialísima, diferente a todas las suyas. Y por el vasto océano, al ver así agitadas las aguas, todas las sirenas comprendieron. “Una de nosotras —pensaron— ha fracasado por primera vez. Le ha huido la presa. Estamos perdidas.” Y no bien terminaron de pensar esta cosa terrible, se abrió el mar y rezongó con furia. “¡Adentro!” Todas las sirenas cayeron de cabeza en los abismos. La zambullida fue tan fuerte, que todas perdieron la voz. Con grave espanto advirtieron que ya no podían

cantar. Y desde entonces vivimos condenadas, irremediablemente prisioneras.

Al decir esto lloraba tan desconsoladamente tía Tula, que me levanté despacio, le acaricié los cabellos ralos y le dije:

—¡Calma, tía Tula! No llores así. Algún día nos iremos a cantar en las islas.

### CAPÍTULO 3

#### DONDE APROVECHO MIS HORAS LIBRES

Ahora que conocía nuestro pasado, nada podía interesarme más que nuestro presente. Estaba resuelta a salvar a todas las sirenas. Para eso necesitaba conocer al hombre. Además sentía unos grandes deseos de ir a ver el barco sumergido que mi tía Tula no quiso que mirara.

Pero era difícil. Estaba obligada a estudiar todo el día. El canto y la danza no me dejaban un minuto libre. Y tía Tula me vigilaba desde sus negros anteojos con una insistencia insostenible. Si de repente dejaba de cantar, me gritaba desde su cuarto:

—¿Qué estás haciendo, Sabina?

—Ensayando un baile, tía Tula.

No se sentía convencida y con silenciosos pasos acudía a ver si era cierto

–Levanta un poco más la cabeza –me decía, mirándome bailar–. Encoge el brazo izquierdo Mueve la cintura.

Y tenía que bailar y bailar hasta caer extenuada en mi cama.

Pero un día se presentó una excelente ocasión. Tía Tula se puso un pañuelo de colores en la cabeza, cogió su maletín repleto de caracoles, y me dijo:

–Tengo confianza en ti, Sabina. Voy a dejarte sola toda la tarde. Me han avisado que mi amiga Delta ha tenido un ataque de asma y no puedo abandonarla. ¡A lo que hemos llegado las sirenas!, ¡oh, viejo Neptuno! ¡Mi amiga Delta con asma!

Y se marchó rezongando como de costumbre, muy firmes sus negros anteojos en la ganchuda nariz. Oí sus pasos precipitados fuera de casa. Se alejaban más y más. Entonces corrí a mi cuarto y huí por la ventana.

Cuando estuve delante del barco sumergido, me costaba respirar. Estaba cansada de correr. Unos peces diminutos vinieron a ver quién era yo y se burlaron de mí. Tuve que decirles que los enterraría en la arena si no se alejaban. Huyeron tan de prisa que cuando volví a pestañear ya no estaban en parte alguna.

Subí en el barco y aunque ya estaba acostumbrada al silencio, me conmovió el que allí había. El agua mecía unas cadenas en algún rincón. Eso era todo y sonaba en mis oídos como una voz que dijera. “Esto se acabó. Aquí no hay nadie”

Un pez de ojos grandes y redondos salió de entre unas cuerdas y pasó muy cerca de mí, sin mirarme. Unas plantas submarinas temblaban, agitadas por el agua, abrazadas a un mástil oscuro. No era, en verdad, muy bonito aquello. Me encogí de hombros, desilusionada.

En el camarote del capitán encontré una gorra. Me la puse delante de un espejo trizado de arriba abajo y me la saqué en seguida. Era demasiado grande y se hundía hasta mis ojos.

Pero había otras cosas: una pipa, una brújula, unos guantes de lana, un retrato de sirena sin cola y muy vestida, lo cual me hizo adivinar que se trataba de una mujer. La miré largamente. Su peinado no me desagradó, y de nuevo ante el espejo traté de imitarlo. Mis cabellos verdes parecían creados para que los peinara así. Contenta, empecé a bailar ante el espejo. Se deshizo el peinado y nuevamente fui la Sabina de siempre. Pero no me importó gran cosa, pues deseaba visitar el barco.

En una maleta que encontré en un camarote fui metiendo todo lo que me gustaba. La brújula y los guantes de lana del capitán, una cadenita de oro que sostenía un camafeo, una piel de zorro de larga cola; unas monedas muy brillantes; una tetera de porcelana; una blusa de mujer, con grande flores azules; un vaso de latón; una peineta y una herradura.

No quise tardar más. Todavía había mucho que ver, pero me prometí examinarlo todo otro día con más calma. Temía atrasarme y estar



de vuelta en mi casa cuando tía Tula hubiera regresado

Salí del barco y eché a correr. Me tranquilizó mucho llegar a tiempo para esconder la maleta en un rincón de mi cuarto. Poco después oí los pasos de tía Tula y salí a encontrarla.

—¿Es grave la enfermedad de Delta? —pregunté

—Asma —me contestó—. Se ahoga y sufre. Le he preparado unas hierbas y espero que mejore. Mañana iré a verla nuevamente. Pero, dime, Sabina, ¿qué has hecho en mi ausencia?

—He estudiado —contesté, segura de no mentir

—¿Qué has estudiado? ¿Alguna canción nueva?

—No, tía Tula. Una danza del peinado recogido sobre la frente.

—¿Y qué danza es esa? —preguntó—. No me gustan las extravagancias, Sabina. Una sirena debe aprender las danzas tradicionales. Todo lo demás es locura.

Entramos en la casa. Comí con verdadera alegría una pata de pingüino con almendras submarinas, que siempre me ha hecho chasquear la lengua. Y después me fui a mi cuarto.

—Buenas noches —me gritó desde su habitación tía Tula—. Estoy muy cansada y quiero acostarme temprano.

—¡Buenas noches! —le dije, inmensamente contenta. Estaba sola. No vendría tía Tula a vigilarme. Encendí una luz chiquita, escondida entre corales, y fui sacando de la maleta mi secreto tesoro.

Los guantes del capitán me quedaban anchos y largos, pero me daban una sensación de elegancia que me satisfacía. La brújula tenía una aguja inquieta como un pez delgadito que desea huir, y jugué con ella un largo rato. La cadenita del camafeo era liviana y se escurría por entre mi dedos con la facilidad de la arena. El zorro me dio calor cuando lo coloqué en torno de mi cuello, que se estremecía, cosquilloso. Las monedas eran tan brillantes y bonitas que las suspendí de los corales en mi cuarto. La tetera

me dejó pensativa. ¿Para qué podía servir? En cuanto a la herradura, la puse debajo de mi cama, como secreto adorno que solamente yo conocería. Lo demás no alcancé a examinarlo, porque sentí sueño, y después de esconder la maleta me tendí a dormir.

A la tarde siguiente, apenas mi tía salió a visitar a su amiga Delta, pidiéndome que me comportara tan juiciosamente como el día anterior, cosa que nada me costó prometer, salí de nuevo camino del barco. Y de esta manera aumentaron mis tesoros, pues me traje un catalejo, un cinturón de terciopelo con hebilla de plata, unas tijeras, un espejo de bolsillo y una cuchara de estaño.

—¿Qué has hecho hoy? —me preguntó tía Tula, cuando regresó y yo la esperaba echada sobre una piedra rojiza delante de la casa.

—Lo mismo que ayer, tía Tula.

—¿Has vuelto a bailar, entonces, esa danza del peinado sobre la frente?

—No, tía Tula, no. He recordado tus historias y he pensado mucho en ellas.

Tía Tula me miró con visible incredulidad, bajando la cabeza y echando sobre la punta de la nariz sus anteojos. Pero no me dijo nada. Y cuando le pregunté por Delta, me contestó rápidamente que mejoraba y que su última visita la haría pronto, cualquier día, porque no había ya peligro alguno con la enferma.

Comprendí que tía Tula estaba llena de sospechas e inquietudes. Cuando fui a acostarme, al poco rato la sentí venir a mi cuarto muy lenta y suavemente. Recostada en mi cama, cerré los ojos.

—¿Duermes ya? —me dijo desde la entrada.

No contesté. Entonces entró sin ruido, se acercó a mi cama, se inclinó sobre mí y se retiró en seguida. Pero antes de salir, dio un grito ahogado. Abrí un ojo y la vi parada delante de las monedas que había suspendido en los corales.

Inmediatamente vino hasta mi cama y me remeció con vehemencia.

—¡Sabina! ¡Sabina! —exclamó.

Fingí despertar. Bostecé con ruido.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Bien sospechaba yo que no te habías comportado como mi confianza te lo pedía —me dijo—. ¿Qué significa eso que tienes ahí?

Y su dedo índice, tieso como una lanza, señalaba hacia las monedas que brillaban más que nunca.

—¿Qué cosa? —pregunté, volviendo a bostezar.

Entonces tía Tula se enfureció. Me dijo que todo lo permitía y perdonaba, todo, absolutamente todo menos la mentira.

Entonces me incorporé en la cama y repliqué:

—Si es así, tía Tula, permíteme y perdóname que haya ido al barco sumergido que tú no quisiste que mirara cuando salimos de pasco.

—¿Has estado en el barco? —me preguntó, ahogándose de ira.

—Ya estoy perdonada, tía Tula, como acabas de decirlo. Sí: he estado en el barco. Y te prometo que es mucho menos peligroso de lo que crees. Te invito a visitarlo.

Tía Tula, sin contestarme, cogió las monedas y salió del cuarto. A la mañana siguiente las encontré ocultas entre unas estalagmitas de un rincón de su dormitorio. Se las dejé ahí. Bien podía obsequiárselas, mientras no se apoderara de todos los tesoros de mi maleta.

Al mediodía comenzó a llamarme. Acudí corriendo.

—No puedo dejarte sola —me dijo—. Iremos juntas a ver a Delta.

Por el camino empezó a hablarme de lo que había hecho. Declaró que si no fuera peligroso que una sirena joven se aventurara sola por los caminos del mar, me permitiría pasear todas las tardes sin su compañía.

—Pero aunque te he enseñado muchas cosas —agregó—, todavía no te he dicho cómo se evitan ciertos peligros. Mientras no lo sepas, te vigilaré día y noche. Eres una sirena prometedora, todos hemos puesto en ti nuestra confianza, y no es posible que, por falta de vigilancia, te pierdas de repente, y nos pierdas a todas, ¿me oyes?, a todas las sirenas desterradas de su antigua

dicha. Si fueras igual a otras sirenas jóvenes, a tantas que van y vienen por ahí, nada te diría. Pero tú, Sabina, eres única. Y Delta me ha dicho que en alguna parte debe estar escrito que nos salvarás cuando llegue la hora. ¿Me has entendido, Sabina?

—Sí, tía Tula —respondí inclinando la frente y pensando que debía esconder mejor mi maleta. ¡Ah, si tía Tula llegase a verla! Es muy posible que tuviese también un ataque de asma. ¿Por qué no? A su edad no era difícil suponerlo.

Esta idea de ver a tía Tula ahogándose, con los ojos clavados en las estalagmitas del techo de su dormitorio, mientras yo le daba a oler ciertas hierbas submarinas, me aterró de tal modo que le dije con voz apagada.

—Tía Tula, tengo un secreto que no te he contado.

—Todavía es tiempo —me dijo bruscamente.

—Sucede que tengo una herradura debajo de mi cama. También he descubierto las monedas que me quitaste, debajo de unas estalagmitas de tu cuarto, pero las he dejado ahí.

—Lo sé, porque las he visto antes de salir —me contestó— Pero ¿qué significa eso de la herradura?

—También la traje del barco sumergido, tía Tula.

—¿Y cómo es?

—Bastante pesada —respondí— y semicircular. No sé para qué sirve, pero me gusta.

—Por haberlo confesado, te la dejo —declaró tía Tula.

—Entonces te confesaré también que tengo una maleta.

—Eso es distinto —murmuró tía Tula—. La he encontrado en tu cuarto, antes de salir, y la he tirado a un pozo

## CAPÍTULO 4

### DONDE ESCAPO A LA SUPERFICIE DEL MAR

**P**ero no. Por cierto que no. Tía Tula no tuvo valor para tirar mi maleta en un pozo. La había escondido en un sótano oscuro, al que se bajaba por una angosta escalera que alguien construyó alguna vez en la roca, sin preocuparse para nada de la seguridad. Resbalar era lo más fácil que podía ocurrirle a quien la bajaba. Y fue lo que me ocurrió a mí: felizmente, en mi caída fui a dar de cabeza en la maleta. Sobándome un rato, pasó todo. Y me entregué a registrar la maleta con dedos febriles. No faltaba sino el zorro de larga cola, lo demás estaba ahí, como aguardándome. “El zorro –pensé– lo ha escogido para ella tía Tula. ¿Por qué no puedo escoger

yo también lo que más me atrae?" Y tomé la blusa de mujer con grandes flores azules, el vaso de latón y la peineta. No me atreví a tomar el espejo de bolsillo, la cuchara y el catalejo, por temor a no poder subir tan cargada la angosta escalera. Tía Tula me sorprendería y el tesoro no sería mío nunca más.

Oculté todo aquello con una ciencia admirable. Tan bien lo oculté, fuera de casa, que a punto estuve de no saber encontrarlo. Pero a menudo la suerte me protege, como quedó demostrado cuando dí con la blusa y la peineta. El vaso de latón no supe nunca qué se hizo.

Ahora estaba resuelta a emprender una peligrosa aventura. Iría nuevamente al barco sumergido en busca de un acordeón de marinero que no pude traerme en los viajes anteriores. Y luego subiría a la superficie del mar. ¿Cómo lo conseguiría? Ya lo tenía pensado. En el día era imposible. Tía Tula me daba ahora lecciones de lenguas vivas y muertas. Sabía ya el italiano, el griego, el castellano y el francés. Aprendía latín, sánscrito, inglés, ruso y chino. El catalán

lo chapurreaba, y el portugués me prometía enseñármelo tía Tula después de darme el año próximo clases de sueco.

Así, pues, como he dicho, en el día era imposible. Pero en la noche, no. Tía Tula, como todas las sirenas, aún las más atacadas por los tenaces insomnios, duerme de vez en cuando. Aprovecharía una de las propicias ocasiones, cuando la oyera roncar, y me largaría.

De este modo conseguí apoderarme del acordeón. Con mis conocimientos musicales, en un abrir y cerrar de ojos lo hice sonar como si cantara con una voz de negro acatarrado, pero sonaba, y esto es lo principal, porque la perfección viene después.

Lo único desagradable es que cuesta acostumbrarse a esperar. Ya tenía el acordeón, la blusa y la peineta, pero no venía la ocasión de huir a la superficie de los mares. Tía Tula no roncaba todas las noches. Yo, echada en mi cama, vivía con la oreja tendida hacia su dormitorio, y no roncaba. Entonces vestí la blusa de flores azules, metí la peineta en mis cabellos verdes,

salí en busca del acordeón, oculto en el hueco de una roca, y escapé mar arriba.

Nadie me enseñó a trepar por el agua, pero estoy segura de haberlo hecho con la misma velocidad que tuvieron las antiguas sirenas para caer a los abismos. De repente, respiré un aire diverso y conocí la luna. Mirando hacia arriba al asomar la cabeza por una ola, vi que era redonda, blanca y alegre. ¡Cuántas cosas felices me contó en breves segundos! Me dijo lo que era la noche en la superficie del mar. Y esto no se olvida nunca.

Pero ¡qué asombro el mío! Al volver la cabeza, vi a pocos pasos una tabla y encima a dos naufragos. Estaban tendidos, cerrados los ojos, y el mar los arrastraba. Entonces, enloquecida de felicidad, levanté la cabeza, me incorporé en una ola y empecé a tocar el acordeón, mientras cantaba lo primero que pasó por mi mente:

*—Duerman, naufragos, duerman,  
Que vienen los delfines*



Se irguieron como si los hubiese mordido una serpiente y miraron a todos lados. Seguí cantando:

*–Buscándolos se acercan,  
Ya por el agua embiste..*

Se levantaron tan de prisa que zozobró la tabla. Y los naufragos desaparecieron. Entonces pensé: “No cabe duda. soy la sirena que posee los poderes antiguos”. Y me sumergí, buscándolos afanosamente al resplandor de la luna llena.

Los divisé agitándose con furia. Y no quise verlos más. Estaba tan contenta que regresé a casa con toda la prisa de que soy capaz. Encontré a tía Tula sentada en la cama, con los ojos fijos en la puerta.

–Las he salvado –dije– Las he salvado a todas.

–¿Qué dices? –gritó tía Tula, brincando en la cama–. ¿Qué blusa es ésa? ¿Y quién te ha dado ese acordeón? ¿Dé dónde vienes?

Pero yo no estaba dispuesta a satisfacer estas pequeñas curiosidades de mi tía. Abrazándola con fuerza, a pesar de sus empeños para desprenderse, le grité:

–He cantado y dos hombres se han hundido en el mar

Tía Tula dio un grito agudo, corto, inesperado, y se desplomó, desmayada.

La alegría es así. Para despertarla, canté acompañándome con el viejo acordeón.



## CAPÍTULO 5

### DONDE LAS SIRENAS LLORAN Y ME ABRAZA

Si alguien nos hubiera visto, claro está que habría reído larga, largamente, con toda su alma, sin parar. Formábamos entre las dos un cuadro indescrptible: tía Tula, tendida de espaldas, con sus negros anteojos caídos y la boca abierta, yo, revuelta la cabellera verde, agitadísima, tocando el acordeón y cantándole a la desmayada mi canción más ruidosa:

*—Levántate, tía Tula,  
Que el hombre vencido está*

Tía Tula no se levantó, pero repentinamente alzó una mano, cogió los anteojos, los acomodó

como pudo encima de su nariz, y permaneció inmóvil. Dejé de tocar y empecé a llamarla con los más cariñosos nombres. ¿Era posible que se comportara así, precisamente cuando podía darle una noticia tan hermosa? ¿Acaso no era yo su sobrina predilecta?

Entonces ¿por qué no se alegraba? ¡Y yo que siempre había pensado que ella era lo más querido que existía en los abismos del mar!

—Caracol de mi dicha —la llamaba—, erizo eterno, alga de mis amores, coral incomparable, perla submarina, gruta de mi contento, ostra del júbilo

Tía Tula dio un grito:

—¡Calla, Sabina, calla!

Y de un salto admirable de salmón acróbata, se sentó en la cama y tendiendo hacia mí los brazos enflaquecidos me pidió que le contara, de principio a fin, lo que había hecho.

—Lo haré, tía Tula, pero te ruego que no vuelvas a dormirme tan bruscamente como si te murieras, porque ya no sabría cómo despertarte.

Y comencé a contar mi historia con todo el colorido de que era capaz. Cuando llegué a la parte que trataba de los naufragos, tía Tula estiraba el cuello con una curiosidad tan grande que me creí obligada a inventar los más menudos detalles, sin darme cuenta de que mentía.

—Y entonces, tía Tula, cuando vi a aquellos hombres, sentí que había llegado el momento de la prueba suprema. Sin hacer el menor ruido, me senté encima de una ola y pensé. “Ahora vas a resucitar, Sabina, la época de oro de las sirenas. Canta como te lo ha enseñado tía Tula. Canta y el triunfo será tuyo” Y abriendo y cerrando los brazos hice sonar el acordeón, mientras mi voz corría por los aires como una bailarina de nácar. Los hombres sonrieron y vi en sus caras la expresión de la alegría más honda. “¿Oyes? —preguntó uno— Han vuelto las sirenas. ¡Qué bello canto!” Otro de los hombres se restregó los ojos y dijo: “Si no estoy loco, ¡ahí está! ¡Y qué hermosa es!”

—¿Cuántos eran? —me interrumpió tía Tula.

—Estaba tan decidida a embrujarlos con mi canción, que no me preocupé de contarlos. Pero te aseguro que eran numerosos, como un puñado de arena en tu mano.

—¿Tantos, Sabina?

—¡Tantos, tía Tula! Y todos ponían los ojos en blanco, sonreían, estiraban las manos hacia mí, suspirando como unos locos. Yo, sin descansar, cantaba y cantaba. De pronto vi que acudían a mi lado. Entonces, llena de dicha, dejé de cantar. Los hombres ya estaban encima del agua, flotando como peces. Al terminar mi canto, se hundieron. Y yo no quise saber más. Me vine hacia acá tan velozmente como cuando salimos esa mañana de paseo y tú no quisiste que yo viera el barco sumergido. Deseaba estar contigo, compartir mi alegría, contarte que de nuevo estamos en la edad de oro de las sirenas libres.

Tía Tula dio otro admirable salto y se colgó de mi cuello. A punto estuvimos de caer las dos, abrazadas, sobre las estalagmitas de su dormitorio. Entretanto, como era de noche y las



dos hacíamos un estruendo infernal, las sirenas vecinas despertaron. Bullicio igual a aquellas horas no oían desde tiempos incontables, de manera que todas acudieron a ver qué sucedía. Y por eso repentinamente, estando todavía abrazadas tía Tula y yo, vimos en el umbral del dormitorio sombras de diversos tamaños. Nos volvimos a mirar: eran sirenas grandes y chicas, que preguntaban en voz baja.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¿Ocurrió algo?

Tía Tula se irguió como si fuera a recitar la primera parte del poema épico en que se cuentan nuestras grandezas pasadas, y dijo con orgullo:

—¡Llegó la época de oro!

—¿Qué dices? —preguntó una.

—¿Deliras? —preguntó otra.

Y entraron todas en el cuarto, muy abiertos los ojos, agitando nerviosamente las colas y los brazos. Tía Tula les contó mi historia. Las sirenas poseídas de un entusiasmo enloquecido, se echaron a llorar de júbilo y empezaron a abrazarse repetidas veces.

—Esta historia ha de saberse en seguida. Nadie debe ignorarla —dijo una sirena de voz gruesa, que llevaba en uno de sus dedos un anillo de oro, pesado, con monograma, seguramente perdido por algún capitán de buque naufrago.

—¡Demostramos la noticia! —gritaron todas. Y la vi salir corriendo del dormitorio, acompañada de tía Tula, que gritaba al mismo tiempo en tres idiomas distintos.

—¡Tam! ¡Tam! ¡Talam, tam!

Así sonaron las campanas de concha de perla, muy antiguas, que no se tocaban desde hacía siglos. Vibraban en la profundidad del mar y su sonido era sencillamente conmovedor.

—¡Noche de la resurrección! ¡Noche de nuestro poderío! —gritaban las sirenas mientras hacían sonar las alegres campanas.

—¡Tam! ¡Tam! ¡Talam, tam!

Y poco a poco, por todos los caminos de las honduras oceánicas, por todos los anchos caminos que a esa hora dormían, se oyó el rumor de las sirenas que acudían en bullicioso tropel. Algunas venían en sus grandes coches, otras

nadaban como flechas vertiginosas, dejando en torno de su paso una alborotada espuma.

Tantas sirenas hubo en escaso tiempo, que no fue posible recibir las a todas en casa. Tía Tula salió a la puerta y trepándose en una roca por la que subía una enredadera submarina, repitió el grito que hacía poco rato había enardecido a las demás sirenas.

—¡Llegó la época de oro! —dijo moviendo los brazos en todas direcciones, como si la anunciada época viniese al mismo tiempo del norte y del sur, del este y del oeste.

—¿Qué es eso? Preguntaron varias sirenas, estremecidas de curiosidad.

—¡La época de oro! —repitió tía Tula—. La gran edad de nuestras victorias. El tiempo sublime en que cantábamos y los hombres, al oír nuestro canto, se dejaban arrastrar hasta los abismos.

—¡No es posible! —gritó una sirena escéptica.

Tía Tula estaba contenta de que no la creyeran, porque de este modo podía contar su historia desde los comienzos sin ser interrumpida. Y así

lo hizo. Agregó muchos detalles que le parecieron seguramente encantadores, y tan bien acogido fue su relato que, al concluirlo, lloraban todas las sirenas sus mejores lágrimas.

—¡Sabina! ¡Sabina! ¡Sabina! —cantaron en coro.

Tuve que subir en la roca donde había perorado tía Tula y agitar mis manos agradeciendo el magnífico saludo.

Entretanto, las campanas de concha de perla no cesaban de sonar.

—¡Tam! ¡Tam! ¡Talam, tam!

Aquello era un delirio, un inolvidable delirio que hasta hoy resuena en mis oídos como una música de gran fiesta.

Tía Tula, nerviosa, había perdido sus anteojos oscuros y los buscaba ahora afanosamente.

—Me he acostumbrado a ellos —me dijo— y, al haberlos perdido, no veo nada. ¡Quedar casi ciega en una fecha como ésta!

—Consuélate, tía Tula —murmuré—. Buscaremos otros anteojos más bellos.

Corrió a través de las sirenas la noticia de que tía Tula había perdido sus anteojos. Y cinco excelentes nadadoras, las más veloces de nuestra raza, partieron en busca de nuevos anteojos para mi tía. No tardaron en volver con ellos. Y de este modo tía Tula pudo escoger, pues tuvo anteojos negros, azules, blancos y de un bello esmeralda.

El entusiasmo entretanto alcanzaba hasta los bordes de la locura. Las sirenas no solamente lloraban, sino que también reían y brincaban y agitaban sus voces como si fueran cascabeles, y todas corrían a abrazarme una y otra vez. De pronto, puestas de acuerdo, comenzaron a danzar ante mí. Y nunca he visto una danza tan frenética. Si he de decir la verdad, me sentí profundamente conmovida de improviso.

—¡Sabina! ¡Sabina! ¡Sabina!

—¡Tam! ¡Tam! ¡Talam, tam!

Pero una sirena puso ambas manos en torno de su boca, a modo de bocina, y gritó:

—¡Basta ya, hermanas! ¡Basta ya!

Cesaron los ruidos. Todas quedaron inmóviles, dispuestas a oír. Tía Tula frunció el ceño. ¿Qué deseaba esa sirena presuntuosa, que ponía tan brusco fin a la fiesta?

—Hermanas —dijo la sirena—, ¿dónde está el botín?

Tía Tula palideció. Volvióse con vehemencia a la aguafiestas y mirándola con severidad le preguntó con voz temblorosa:

—¿El botín? ¿Acaso te imaginas que estamos en guerra?

—En guerra estamos —replicó la sirena provocadora de tan repentino cambio—. ¿No nos has dicho, Tula, que ha vuelto la edad de oro? ¿Y no es guerra, entonces, lo que la edad de oro nos trae? Guerra y victoria. Por eso pregunto: ¿dónde está el botín? Si esta palabra no te agrada, Tula, emplearé otra: ¿dónde están los hombres que Sabina atrajo al fondo del mar?

No podía ser más juiciosa la pregunta. Si estábamos celebrando nuestra victoria sobre el enemigo, lógico era averiguar dónde se

encontraba éste, para palparlo, verlo, hacerle sentir nuestro triunfo.

Un fuerte estremecimiento recorrió a las sirenas, desde la más alta a la más baja. Y todas gritaron al mismo tiempo:

—¿Dónde están los hombres? ¿Dónde están?

Tía Tula se volvió a mí con ojos interrogadores. Alcé una mano para pedir silencio y, cuando lo hube conseguido, dije con mi voz más clara:

—Las llevaré al lugar preciso en que se produjo el encuentro.

Y partimos. Me hicieron subir en un coche arrastrado por los más bellos y veloces caballos marinos que he conocido hasta hoy. Yo iba adelante. Me seguía el tropel de sirenas, cantando como en sus mejores tiempos. Algunos grandes peces, al vernos venir, se apartaban respetuosos. Uno de ellos se atrevió a preguntarnos, al pasar, adónde íbamos.

—¡Victoria! ¡Victoria! —le gritó una sirena, respondiéndole.

El pez movió la cabeza y siguió su camino. Creyó, sin duda, que estábamos locas.

Después de mucho correr y mucho cantar, detuve mi coche. Los caballos marinos lanzaban por la nariz inmensas burbujas. Se habían cansado.

—¿Fue aquí? —me preguntaron varias sirenas.

Me sentí cohibida. Recordaba perfectamente que era allí; pero no había el menor rastro. Entonces felizmente vimos a un pez muy gordo, que se movía con lentitud. Tía Tula, al verlo, se lanzó tras él.

—¿No has visto a los hombres? —le preguntó—. Eran nuestros. Aquí los dejó Sabina, para demostrarnos que nuestra edad de oro ha regresado.

El pez gordo sonrió torpemente, mostrándonos sus dientes largos y filudos.

—Aquí estaban —dijo— cuando los encontré. No sabía de quién eran. Creí que me los daba el mar.

entonces las sirenas aullaron con furia y tiraron puntiagudas piedras a la cabeza del pez.

Intervine rápidamente, gritando con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Dejémosle, hermanas! ¡No es suya la culpa! ¡Dejémosle! Lo único que ahora nos interesa es la seguridad de mi triunfo sobre los hombres. Desde hoy me encargaré de hacerlo caer en los abismos submarinos como caen las hojas de las grandes selvas submarinas cuando el otoño se arrastra por las arenas.

Mis palabras causaron un efecto inmediato. Dejaron en paz al gordo pez que nos había arrebatado a los hombres y emprendieron conmigo el regreso.

—¡Qué voraz el pez maldito! —murmuró tía Tula, tomándome de una mano—. Comprendo que haga desaparecer a un hombre, a dos, a tres, pero, mi querida Sabina, ¿cómo es posible devorarse a toda una tripulación?

—Se va a enfermar y ese será su castigo —le dije, sonriéndole con una dulzura que no me conocía.

## CAPÍTULO 6

### DONDE ME CONVIERTO EN CAZADORA

No dormimos esa noche, porque estuvimos charlando animadamente. Nos dejamos llevar por la fantasía y estuvimos imaginando lo que haríamos cuando nuevamente fuéramos dueñas de la superficie del mar y recorriéramos las islas, acechando a los grandes y los pequeños barcos. Nos sentimos felices durante largas horas. Y yo fui la graciosa, la espléndida heroína de la resurrección de nuestra raza.

Cuando todas las sirenas se marcharon, entramos en nuestra casa y tía Tula me condujo a mi cuarto, me pidió que le permitiera cantarme una canción de cuna como cuando era pequeña,

para mecer mi sueño, y mucho rato la oí cantar con su voz cascada, cerrados mis ojos, tendida en mi cama, hasta que me dormí.

Desde aquel momento fui la sirena predilecta. Tía Tula me trataba con cariñoso respeto, me peinaba todas las mañanas con una peineta de oro, me traía cada día los regalos más inverosímiles: una flor amarilla que latía como un corazón, un colmillo de pez cuya especie había desaparecido hacía siete mil años, una piedra blanca que tenía la forma de un arco y no servía de gran cosa. Además las sirenas vecinas y las que habitaban en lugares lejanos también me obsequiaban a menudo. Y de este modo tuve en mi cuarto un museo verdaderamente inimaginable. Pero dos regalos me agradaron sobremanera: un sombrero con una gran pluma roja, encontrado en una pequeña nave hundida, y un reloj pulsera que brillaba en la noche.

Ataviada, pues, como una princesa china ciertas mañanas y otras como una inglesa que recorre el mundo en viaje de turismo, me iba sola por los mares en busca del hombre: las

sirenas me despedían cantando un himno que habían inventado para esta ceremonia. Ninguna se atrevía a acompañarme, pues todas aseguraban que yo era la única que poseía el poder necesario para hacer zozobrar los barcos.

—Cuando repitas tu hazaña —me decían— sabremos que ha llegado el momento de sentirnos fuertes. Entonces iremos contigo y no dejaremos navegante vivo sobre la superficie del mar.

Yo era la cazadora. Así me lo había dicho tía Tula. Y este título me llenaba de orgullo. Después de mí, cuando estuviera asegurado mi triunfo, cada sirena sería una cazadora, y todos los mares volverían a saber que cuando una sirena canta, hasta el sol ha de pararse a escuchar.

Pero pasaban los días y yo no veía a los hombres. Me iba más y más lejos, buscándolos, y solía pasar una semana entera cazando, sin fortuna. A mi regreso, tía Tula me animaba.

—“Todo comienzo es difícil —me decía—. Pero ¿qué importan las dificultades, Sabina, si al fin se triunfa?”

Yo meneaba la cabeza y preguntaba entre dientes:

—¿Dónde están los hombres, tía Tula? En vano los busco. No pasa un solo barco jamás.

—Ya vendrán —me decía, pasando su mano flaca por mi pelo verde.

Así las cosas, salí una tarde con mi sombrero de pluma roja, mi reloj pulsera y unos grandes, infinitos deseos de cantar. Llegué a una isla solitaria, me eché sobre una roca y miré hacia el mar. Nada. No se veía absolutamente nada. Cerré los ojos. Temí que el sueño me venciera, para alejarlo, me paseé un poco. De repente, por una colina divisé a un hombre montado en un burrito de largas orejas, trotón y alegre. “Probaré nuevamente el poder de mi garganta”, me dije. Y empecé a cantar. El burro agitó la cola, batió las orejas como si un enjambre zumbara a su alrededor, y echó a galopar hacia mí. el hombre quería detenerlo, le gritaba, y con la mano le daba grandes palmadas en el cuello. ¡Inútil! Aquel burro sabía apreciar el canto de una sirenita.



Dejé de cantar cuando el hombre estuvo a pocos pasos de donde comenzaban las rocas. Desmontó lentamente, mirándome con ojos fijos. Se rascó la cabeza y de pronto me gritó con voz ronca:

—¿Quién eres?

Me sentí ofendida. ¿Era posible que, después de oírme cantar, no supiese que era una sirena? Me ardió la sangre. Toda la ira de las sirenas antiguas, las voraces devoradoras de hombres, me recorrió el cuerpo. “Lo perderé”, me dije. Y aunque era viejo y no resultaba una presa apetecible, para perderlo me puse a cantar con mi voz más dulce. Era cosa de hacerlo acercarse un paso más, dos pasos, cinco pasos —para ser muy exacta— y lo tendría a mi alcance.

Pero el hombre se llevó ambas manos a los oídos con gesto de disgusto, mientras el burro avanzaba y venía a sobar la cabeza, blandamente, contra mi cuerpo, cerrados los ojos en un arrebató de éxtasis.

—No cabe duda que has naufragado —me gritó el hombre—, pero no es mucho el socorro

que necesitas. En vez de decirme que te lleve conmigo, que te proteja, que debo hacer antes de que se ponga el sol. Si estás loca, vendré a buscarte con otros más jóvenes que yo. Estoy demasiado viejo para cargar contigo.

Y llamando a su burro, al que dio una palmada para alejarlo, se marchó gruñendo. Así comprendí que los viejos no saben lo que es una sirena. Rabiosa, me lancé al mar y emprendí el regreso a casa.

—¿No lo has visto? —me preguntó tía Tula, desde lejos, al verme venir.

—¿A quién quieres que vea? —le pregunté, molesta.

—¡Al hombre! —dijo con un énfasis ridículo.

—No. No lo he visto, y acaso no lo vea nunca —murmuré malhumorada.

Pero tía Tula me regaló un collar de rubíes bastante curioso, que fue mi consuelo. Sin embargo, esa noche, a solas, en mi cuarto, me pregunté con angustia, a media voz:

—¿Habré perdido mi poder embrujador? ¿O para un viejo que va en un burro no hay poder que exista tanto en la tierra como en el mar?

El problema era difícil, y sin resolverlo, me dormí.



## CAPÍTULO 7

### DONDE UN HOMBRE ME ENCUENTRA

Una semana entera estuve sin salir de casa. Me sentía humillada y ofendida. Aquel viejo me había confundido con una mujer náufraga, enloquecida de espanto e incapaz de hacer otra cosa que cantar. ¿Cómo podía ser que no supiese que hay sirenas?

Recordaba sus flacas manos contra sus oídos, en un gesto de desesperación, y sus palabras absurdas. “Estoy demasiado viejo para cargar contigo”

—Haces bien en descansar —me decía tía Tula, entrando silenciosamente en mi cuarto— No te puedes acostumbrar en pocos días a cazar sin darte un breve reposo. Estás desanimada. Pero

después de una semana tranquila, reparando las fuerzas, volverás al mar tan inmensamente irresistible, que no habrá navegante que te resista.

“Así lo creo también” –murmuraba entre dientes, para no entristecer a tía Tula, cuyas esperanzas en mí eran mayores a medida que el tiempo pasaba.

Me aburrí de estar en cama, mirando los corales y una mañana anuncié mi nueva salida.

–Hoy vas a triunfar –me dijo tía Tula al despedirme–. Mañana será un día de fiesta para nosotras. Sólo esperamos tu triunfo para irnos contigo de caza.

Y me marché. Nadé por aguas cada vez más lejanas. A ratos me tendía en una ola y me dejaba arrastrar mansamente. Cantaba a media voz. Arriba, unas nubes blancas, que corrían por el cielo, se detenían de improviso y sólo echaban a andar de nuevo cuando callaba. “Si esto hago con las nubes –me decía yo, sonriendo– ¿qué no haré con el hombre? ¡Quiera Neptuno que sea joven, robusto, de anchos

hombros, y sepa decirme una palabra amable al caer prisionero!”.

Había vuelto mi confianza. Tal vez se debía a mi nuevo atavío: llevaba una gorra negra, que armonizaba con mi pelo verde y una pequeña capa de piel me cubría hasta la cintura. De vez en cuando alzaba el brazo y ponía el oído contra mi reloj pulsera. Me gustaba sentir el apresurado traqueteo de su corazón.

Pero de improviso escuché un ruido tan fuerte, tan fuerte, que alcé la cabeza para saber qué era aquello. Y vi un gran pájaro metálico que volaba en torno mío. Después supe que era un avión. Pero entonces me sentí atraída por la extraña forma de aquel pájaro, que zumbaba con un estrépito semejante al de las aguas cuando, en noches de tormenta, van y vienen por las cavernas submarinas.

Contenta, me puse a cantar. Y el pájaro, atraído más y más por mi canto, descendía trazando grandes círculos en torno mío. Sonaba ronco, terrible. Tanto sonaba el misterioso pájaro, que hasta mi canción se perdía en el estruendo de su

vuelo. De repente voló hacia las alturas. Temí que se alejara para siempre y canté con más energía para atraerlo. Y entonces sucedió algo que me hizo callar de golpe. Del pájaro salió un gigantesco quitasol, semejante a uno que vi una vez en un buque naufrago, y a este quitasol, iba amarrado un hombre. “¡Ah –me dije, sonriendo con la más loca alegría–, el pájaro me obsequia su presa! Se había tragado a un hombre y me lo da, para agradecerme la canción.”

Y cantando como una sirena que sabe perfectamente manifestar su gratitud, miré descender al hombre y volar al pájaro generoso.

Cayó a pocos pasos de mí. Casi simultáneamente, en otro quitasol descendió un bote de goma. No me di cuenta de todo esto con verdadera claridad, porque todo mi interés estaba concentrado en aquella águila reluciente que me cedía su presa.

*–Gracias delfín alado,  
Que dejas tu recuerdo  
En el mar sosegado...*

Así canté, pero sin terminar mi canción. Me cogieron fuertemente unos brazos y sin darme tiempo para advertir qué me sucedía me echaron en el bote de goma, que subía y bajaba entre las olas repentinamente agitadas. Tan violenta fue mi caída que cuando abrí los ojos vi a un hombre extrañamente vestido, con grandes anteojos, que me ponía en los labios una botella de ron:

–Beba –me decía–. Unas cuantas gotas la reanimarán. ¡Beba!

Sentí en mi cola un peso extraño. Aparté la cabeza y me di cuenta de que la habían cubierto con una manta. Aventura semejante no la puede resistir una sirena. Giró el cielo y el mar a un mismo tiempo. Cerré los ojos. Y no supe más.

Cuando volví en mí, el pájaro metálico había descendido al mar. El bote de goma estaba junto a él. Y dos hombres me agitaban los brazos hacia arriba y hacia abajo como si fueran los brazos de una bomba.

—¡Vuelve en sí! —dijo uno de los hombres, al verme mover los párpados

—Estará mejor en el hidroavión —dijo el otro.

Y tratando de no desenvolverme la cola, con sumas precauciones me entraron en aquello que habían llamado hidroavión. Volví a perder el conocimiento. Es muy explicable, una sirena destinada a resucitar las grandezas pasadas de su estirpe es capaz de todo, absolutamente de todo, pero no de ser echada en un hidroavión como si fuera una hija de navegante que se ahoga y es salvada.

## CAPÍTULO 8

### DONDE UNA MONEDA RESUELVE MI DESTINO

Nunca había bebido ron, de manera que el pequeño sorbo que me obligó a tragar aquel hombre no sólo me hacía sentir interiormente la curiosa sensación de que una llama corría por mi cuerpo, sino además multiplicaba las cosas en torno mío y las hacía girar en rapidísimo baile cada vez que abría los ojos. Oía zumbir los motores y, a través de este bullicio, escuchaba conversar a los dos hombres, pero vagamente, como si se hallaran muy lejanos. Estaban contentos de haberme salvado y aseguraban que el salvamento constituía una hazaña que debía tenerlos orgullosos.

—Es bastante bonita —dijo uno de ellos, de repente—. Sus ojos azules son admirables y su pelo verde no tiene parangón.

El otro rió con regocijo y comentó burlonamente mi vestimenta.

—Sólo se explica suponiendo que el naufragio ha sido violento y rapidísimo. Ha salido de su camarote echándose encima lo primero que ha encontrado a mano —dijo.

—Curioso me parece que sea la única sobreviviente —murmuró su amigo—. ¿Cómo puede haberse salvado? Estaba encima del agua, y no sobre una tabla.

—Tal vez no hemos observado bien —dijo el otro—. Pero no cabe duda de que debe haber enloquecido de espanto, porque, si no me equivoco, estaba cantando a gritos.

Estas palabras me produjeron tal furor, que sin poderme contener lancé un gruñido sordo. Inmediatamente se volvió a mí uno de los hombres y, cogiendo la botella de ron, volvió a acercármela a la boca. Me debatí para no beber. Así fue como resbaló la manta que cubría mi

cola y quedé tal como soy delante del hombre. No pudo disimular su asombro y dio un grito breve, ronco, profundo.

—¿Qué hay? —dijo el otro.

—No es una mujer —contestó su compañero.

Entonces, deseosa de que no comentaran torpemente mi identidad, me resolví a hablar con franqueza.

—¡Ignorantes! —dije con voz cargada de desprecio—. ¿Nunca oyeron hablar de la mitología? ¡Soy una sirena!

Mis palabras estaban repletas de orgullo y mi gesto tenía una dignidad imponente. Sin embargo esos dos hombres no supieron reconocerlo y se echaron a reír con tal vehemencia que temí, verdaderamente, encontrarme ante un par de locos furibundos. Entonces decidí callar, ser muda en adelante, muda y sorda, pues así lo exigía mi honor.

No obstante, tuve que escucharles, a pesar mío, porque hablaban a gritos.

—Si es sirena, que nos cante —dijo uno.

—Así será más alegre la travesía —murmuró el otro.

Fruncí el ceño y pensé rápidamente. “Cantaré para castigarlos” Y echando atrás la cabeza, cerrando los ojos, irguiendo el pecho, comencé a cantar con todo el poder de embrujamiento de que me sabía dueña.

Como por encanto, no bien había lanzado un par de notas —un fa y un sol espléndidos—, todo cambió inmediatamente. Y me di cuenta de esto porque entreabrí uno de los ojos para poder vigilar los efectos de mi canción.

Se quedaron inmóviles mis dos enemigos, alargaron el cuello, y se olvidaron por completo de que íbamos por los aires, dentro de una máquina que exige una cuidadosa dirección. Dimos un salto formidable en el espacio y sentí en el ombligo una extraña comezón, lo mismo que si me quedara vacía de repente. Entonces dejé de cantar para llenarme de aire. Y esto me perdió, a la vez que fue la salvación de esos bellacos. Porque si continuó cantando, a pesar de todo, es indudable que nos caemos de cabeza en el



mar. Esto hubiera sido para mí la libertad y para ellos la esclavitud y la muerte, pero no ocurrió así. Apenas dejé de cantar, el piloto volvió a sus instrumentos, agitó las manos y los pies poniendo orden en la dirección de la máquina, mientras el otro hombre, con una rapidez frenética, cayó sobre mí y antes de pestañear tres veces me vi fuertemente amordazada.

—¡De buena nos hemos librado! —dijo uno

—En realidad es una sirena —dijo el otro, reconociendo sólo ahora mi calidad de hechicera irresistible

Y volvimos a elevarnos. Vi pasar grandes y pequeñas nubes, entramos en un espacio inmensamente azul y de oro. Pero las circunstancias me impidieron admirar la hermosura de todo aquello. Estaba amordazada. ¡Qué vergüenza! Pensé en mi tía Tula, en todas las sirenas de ayer y de hoy, y me pareció verlas mover la cabeza con gesto desesperado. No era para menos, una sirena amordazada es el espectáculo más triste que se ha podido concebir desde que el mundo es mundo

Entretanto, mis verdugos conversaban.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el piloto

—Lo pensaremos muy bien —dijo el otro hombre— Esto puede ser el comienzo de nuestra fortuna.

—La compartiremos —dijo el piloto— Dividiremos las ganancias en partes iguales. Pero ¿cómo explotaremos este bello artículo de lujo? Nuestro oficio nos impide dedicarle mucho tiempo. Tenemos que volar continuamente

—Se me ha ocurrido la solución —murmuró el otro—. Nos jugaremos a cara o cruz la sirena. El que gane tiene que hacerse cargo de la explotación y compartir con el otro las ganancias.

—Has hablado como un sabio —murmuró el piloto, sonriendo alegremente

Mi otro enemigo sacó una moneda y preguntó:

—¿Cara o cruz?

—¡Cruz! —dijo el piloto, volviendo hacia mí la cabeza y guiñándome un ojo con una familiaridad que me desagradó profundamente

Pero la moneda al caer decidió el asunto  
 –He ganado –dijo el hombre que me amordazó– Ha salido cara.

El piloto le felicitó levantando una mano, mientras con la otra le daba al hidroavión una velocidad que pude percibir porque de pronto resbalé de la silla en que me habían sentado y me vine al suelo. Mi humillación ya no tuvo nombre.

Después que volvieron a sentarme y pasaron una correa por mi cintura, continuaron hablando. Yo les oía como entre sueños. En realidad, el ron tenía la culpa de todo. Si no hubiese bebido, habría tenido fuerzas para defenderme y hacerles pasar un mal rato. Juré no beber una gota más en toda mi vida, y permanecí inmóvil, oyéndoles de vez en cuando una que otra palabra. De este modo me di cuenta de que mi amordazador tenía un tío coleccionista, millonario, y no poco exótico, al cual me venderían para librarse de una vez por todas de mí.

–¡Bribones! –gemí tras la mordaza.

Y es casi seguro que me dormí poco después, nuevamente vencida por el maldito ron. El hecho es que al despertar me encontré en casa del tío coleccionista, sin haberme dado cuenta en absoluto de cómo me condujeron hasta mi absurda prisión.

Si no hubiera sentido un dolor tan grande, creo que habría estado indignado. Me habían reventado en una cacha gigantesca, en la que colocaban las colillas de pipas para que me encendiera una cigarrillo. Colocaban en cada una una moneda encima. Había en un cajonete una lámpara encendida, un gran fanal de luz verde que colgaba de una rama de un árbol muy lejano. A las paredes en Venecia, en las vitrinas, había multitud de faros de colores. El hecho es que me desperté en un estado de confusión total. Me acordaba de haberme dormido en un avión, pero no sabía dónde estaba y por qué me encontraba allí.



de una piel de oso, cuya cabeza, de gran hocico abierto, estaba vuelta hacia mí

Al resplandor de aquella luz verdosa vi una sala bastante amplia. Había en los cuatro rincones unas grandes armaduras. En los muros se veían armas antiguas y máscaras. En armarios de cristal se guardaban los más extraños objetos, estatuillas pintarrajeadas, puñales con mango de plata, pergaminos, huesos de hombres prehistóricos, un reloj de arena, medallones, trabucos, vasos dorados, grandes colmillos de elefantes muertos por cazadores de otros siglos.

Cuando el viejecito advirtió que yo había despertado, me sonrió amablemente, limpió con mano nerviosa sus anteojos, meneó la cabeza, carraspeó con suavidad y me dijo con una vocecilla frágil que en otro tiempo debió ser aguda.

—Me llamo Godofredo. Soy coleccionista y desde este momento es usted ama y señora de esta casa. ¡Bienvenida a mi hogar!

Después se levantó con lentitud, dobló cuidadosamente la manta que cubría sus pies, la

depositó sobre el sitial, y fue con paso menudo a un rincón de la sala, donde tiró con su mano huesuda un cordón rojo. Sentí sonar, lejos, una campana ronca. El viejecito entreabrió la puerta y dijo a alguien.

—Ha despertado. Trae lo que te he pedido. Y volvió a sentarse a mi cabecera.

—No hablaremos hasta que haya repuesto las fuerzas —me dijo.

Poco después entró una criada vieja, muy alta, con una bandeja de plata en que había un enorme plato de sardinas en conserva.

—No sé exactamente qué es lo que usted come —me dijo el viejo—. Pero me parece que estas sardinas van a agradarle. Yo no las como nunca, porque soy vegetariano.

Yo tenía, en realidad, más hambre de la calculada, de modo que en un abrir y cerrar de ojos engullí las sardinas, pececillos que nunca me han gustado gran cosa, pero que en esos momentos me parecieron tan sabrosos como aquellos a que estaba acostumbrada en los abismos submarinos.

—Desea comer más, sin duda —dijo el viejecillo— Pero todo aconseja que no se precipite. Más tarde, cuando hayamos conversado un poco, le haré traer nueces y almendras. Va a relamerse, lo mismo que yo.

Hubo un silencio. Después el viejecillo me dijo que sabía perfectamente que yo hablaba, porque así se lo había asegurado su sobrino Tancredo, al cual me había comprado en una fuerte suma. Me preguntó mi nombre. Le dije que me llamaba Sabina. Y el viejo Godofredo, sobándose las manos, me repitió mil veces que se sentía orgulloso de poseer una sirena.

—Mientras usted dormía —me declaró— han venido a verla numerosos sabios, que han anotado en sus libretas todas sus características. Varios fotógrafos la han retratado y ya han publicado su retrato, bajo el título de “La Sirena Dormida”, los dos mejores periódicos de mi país. Además un gran creador de modas ha acudido con sus mejores dibujantes, y en estos precisos momentos se lanza el “vestido sirena”, que está enloqueciendo a todas las



mujeres elegantes. Es usted famosa, mi querida Sabina, como puede darse cuenta de mis palabras. Es famosa y admirada. Y lo curioso es que su fama también ha recaído sobre mí. Hasta ahora, nadie se había preocupado de mis colecciones, a pesar de que poseo ejemplares únicos en el mundo; por ejemplo, un dedo del pie izquierdo de Jonás, el santo varón que fue tragado por una ballena, y también el pañuelo con que sonaba sus augustas narices el nunca olvidado Calígula. Estas son cosas de valor, sin duda, pero una sirena vale más que todo el oro de este mundo. Gracias, Sabina, por haber venido a la tierra y por encontrarse en mi casa, que es la suya.

Sentí que Godofredo era cortés y bondadoso, por lo cual le agradecí las sardinas y le pedí que me trajera las nueces y las almendras. Realmente, aseguro que me gustaron.

Desde ese día fui una buena amiga de Godofredo. Le pedí que no permitiera a nadie que viniera a interrumpir nuestra vida apacible. No deseaba conceder entrevistas ni conversar

con sabios ni historiadores especializados en los estudios prehistóricos. Godofredo se comportó como quien era, es decir, fue caballeroso y no dejó que nadie viniera a medirme, a fotografiarme, a decirme que contara los secretos de la vida del mar.

Conversábamos días enteros. Al atardecer, nos paseábamos por el jardín de su casa, que rodeó de altos muros para que nadie nos viese. Y mientras íbamos y veníamos charlando, yo le explicaba cómo se vivía al fondo de los mares y qué costumbres tenían las sirenas. El que hacía escucharle largos discursos acerca de las verduras, de las propiedades alimenticias de ciertas plantas, y me obligaba a comer, a ciertas horas, tomates, papas, rábanos y lechugas.

Cierta vez me sentí tan contenta en el jardín después de haberle oído hablar del aceite de hígado de bacalao, que sin darme cuenta de lo que hacía me puse a cantar una canción improvisada. El viejecillo cayó de rodillas, levantó las manos al cielo y me dijo:

—Sabina, ¡cantas como una sirena!

Me agradó que lo dijera con tanta alegría, pero he aquí que en la ciudad se produjo un alboroto nunca conocido: dejaron de trabajar las fábricas, se detuvieron los coches en todas las calles, se cerraron las oficinas y talleres, los colegios y las iglesias, los cuarteles y los edificios públicos y privados. Mi voz llenaba la ciudad y todos corrían como locos, deseosos de oírla de cerca.

A la puerta de nuestra casa se agolpó una multitud innumerable. Fue derribado el muro más alto que rodeaba el jardín y se hizo indispensable el empleo de dos batallones de caballería y otro armado de ametralladoras para mantener el orden. A Godofredo se le cayó el gorro al suelo y le vino un ataque que a punto estuvo de llevárselo para siempre a la otra vida.

Varias horas duró la agitación. Yo estaba recostada en mi concha gigantesca, dándome vueltas y más vueltas en mi colchón de plumas, y todavía escuchaba el rumor de la gente delante de nuestra casa.

—No cantes más, Sabina, te lo ruego con toda mi alma —me dijo Godofredo a la tarde siguiente, cuando fui a verlo a su dormitorio, donde se encontraba recluido con dos famosos médicos tomándole el pulso y haciéndole mostrar la lengua.

—Lamento lo ocurrido —dije con sinceridad—. Pero si una sirena no canta, ¿qué puede hacer?

Entonces Godofredo me anunció, al cabo de quince días, que se había comprado una casa a orillas del mar, en un paraje solitario de la costa, para que pudiéramos vivir en paz.

—Allí podrás cantar cuanto quieras —me dijo—. Nadie habita por los contornos. Creo que vamos a ser felices.

... y cuando me desperté, me encontré en un lugar que no había visto nunca. Era un lugar muy bonito, con muchas flores y árboles. Me sentí muy feliz y me quedé allí durante muchos días. Después de eso, me fui a casa y me conté a mi madre lo que me había pasado. Ella me dijo que era un lugar muy bonito y que me había pasado muy bien. Me quedé muy feliz y me quedé allí durante muchos días.

... y cuando me desperté, me encontré en un lugar que no había visto nunca. Era un lugar muy bonito, con muchas flores y árboles. Me sentí muy feliz y me quedé allí durante muchos días. Después de eso, me fui a casa y me conté a mi madre lo que me había pasado. Ella me dijo que era un lugar muy bonito y que me había pasado muy bien. Me quedé muy feliz y me quedé allí durante muchos días.

... y cuando me desperté, me encontré en un lugar que no había visto nunca. Era un lugar muy bonito, con muchas flores y árboles. Me sentí muy feliz y me quedé allí durante muchos días. Después de eso, me fui a casa y me conté a mi madre lo que me había pasado. Ella me dijo que era un lugar muy bonito y que me había pasado muy bien. Me quedé muy feliz y me quedé allí durante muchos días.

## CAPÍTULO 10

### DONDE SE HABLA DE LA CASA A ORILLAS DEL MAR Y DE TODO LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS

**Y** fuimos felices, en efecto. Lo fuimos de la mañana a la noche. En realidad, yo necesitaba la presencia del mar y Godofredo necesitaba verme contenta y oírme cantar a cualquier hora del día.

Cierto es que, cuando cantaba, acudían lejanos pescadores en sus barcas, y muchos peces se asomaban entre las olas. Pero esto nos alegraba. Sobre todo a Godofredo, que más de una vez me había dicho ya que la vida del mar le llenaba de regocijo.

Una tarde, cuando el sol se había ocultado, advertí que Godofredo, mientras paseaba

conmigo a orillas del mar, estaba cabizbajo, pensativo, cejijunto. Le pregunté qué le ocurría. Y me contestó de esta extraña manera.

—Las sirenas, mi querida Sabina, son carnívoras. Esto me preocupa. Yo he sido siempre vegetariano y tengo por norma compartir con todo el mundo mis preferencias. A ti, por ejemplo, te he acostumbrado a comer tomates y lechugas, y me doy cuenta de que te agradan. No has enflaquecido, no has engordado; te mantienes tan bella, esbelta y admirable como siempre. ¿Por qué no llevar el buen mensaje del comer abundante y no dañino a las hermosas sirenas de los abismos del mar?

—¿Deseas separarte de mí? —le dije—. ¿Quieres que vuelva a mi casa submarina y convenza a las demás sirenas de que deben ser vegetarianas? Te confieso que siento una profunda nostalgia de los abismos y que no hay un solo minuto en que no recuerde a las sirenas, mis parientes o amigas, pero no me atrevo a regresar todavía, temerosa de confesarles mi derrota y arrancarles toda esperanza. Ellas confiaban en mí. Creyeron

que conmigo principiaba la edad de oro de las sirenas. Y esta edad de oro, Godofredo, bien lo sabes, significa para una sirena comer carne de hombre vivo, atraído por el embrujo de nuestro canto. Si aparezco sola, vencida, llorarán las sirenas y no habrá nunca más un asomo de alegría en el fondo del mar, donde habitamos como en una prisión.

—Carraspeó Godofredo, me tomó de un brazo, y me dijo con su voz suave.

—No quiero que nos separemos, Sabina. Nunca te pediré que vuelvas sola a tu casa. Cuando lo hagas, iré contigo.

—¡Imposible, Godofredo! No eres pez.

—Todo lo tengo pensado. Mi fortuna es abundante y la gastaré en proveerme de todo el oxígeno que necesite para vivir el resto de mi vida en el fondo del mar, al que bajaré con una escafandra que ya tienen inventada para mí los mejores especialistas. Iremos juntos a los abismos del mar. Tú me presentarás a las sirenas y yo las convenceré de que deben ser vegetarianas. Cuando lo sean, no pensarán en

comer náufragos. Dejarán de ser belicosas y engañadoras. Se sentirán felices en sus viviendas submarinas, que ya no serán una prisión.

—Eres un apóstol —le dije—. Tu proyecto me entusiasma. Creo que debes madurarlo, porque es bueno.

—Está maduro —me contestó—. Lo tengo todo preparado.

Y entramos en casa, para ver la escafandra último modelo que habían confeccionado para él. Se metió dentro Godofredo y su figura era la de un pez sin nombre, pero perfectamente aceptable.

—Nos iremos cuando quieras —le dije. Y lo abracé con todas mis fuerzas, hasta que me pidió con su voz temblorosa que no lo ahogara entre mis brazos.

Tan contenta me sentí con la idea de mi próximo viaje, que esa noche, mientras Godofredo dormía, salí a vagar un poco a orillas del mar. Necesitaba estar sola y cantar a media voz para no despertar al viejecito.

— Mi canto fue, como de costumbre, improvisado. La noche era hermosísima. Había una enorme luna, que al oírme cantar me guiñó un ojo alegre. Y el viento, que era bastante suave, se detuvo con toda cortesía para escucharme sin moverse.

Pero cuando terminó mi canto, sucedió algo absolutamente imprevisto. Se agitó el mar y de entre las olas surgió de pronto una bella cabeza de tritón.

—¡Sabina! —me dijo con su voz profunda—. Todas las tardes he venido a mirarte vagar junto al mar, en compañía de un viejo que no parece mala persona. Soy un tritón poderoso y te ofrezco mi nombre. Poseo un palacio de oro en los abismos del mar, y como soy incapaz de vivir en adelante sin tu compañía, te propongo que regreses a tu país y nos casemos. Te daré toda la felicidad que una sirena tan admirable se merece. ¿Me aceptas, Sabina? No me rechaces porque moriré.

Su rostro era bello y su voz conmovida. ¿Qué puede hacer, entonces, una sirena?

—Bello tritón —le dije— Me siento gozosa de tus palabras. La felicidad que me ofreces la compartiré contigo.

Y llena de rubor, de alegría, de repentina locura, me fui rápidamente a casa y desperté a Godofredo, que roncaba como un lobo marino cuando sueña. Godofredo dio tres saltos en su cama y gritó con voz aguda:

—¡Sabina! ¡Seré el padrino de tu matrimonio! ¡Oh, quien creyera que estaba destinado a vivir cosas tan mesperadas! Soy feliz y mañana mismo nos iremos al fondo del mar. Entre sirenas y tritones voy a ser dichoso.

A las seis de la tarde del siguiente día, cuando el sol no se ocultaba aún, ya estaban terminados nuestros preparativos. Godofredo, metido en su traje submarino, acarreaba a orillas del mar grandes maletas colmadas de hierbas, de verduras en conserva, de nueces, almendras y dátiles sabrosos.

—¡Adiós! —le gritó Godofredo al mundo cuando nos sumergimos.



En un solitario paraje del mar nos aguardaba el tritón. Tenía un gran cuerno en su mano, y al vernos aparecer lo hizo sonar con toda la potencia de sus incomparables pulmones se estremecieron las aguas. Huyeron los grandes peces. Y cantando un himno de jubilosa bienvenida aparecieron las sirenas. El tritón lo había preparado todo con verdadera delicadeza. Y sentí que una lágrima de muy hondo regocijo cayó de mi ojo izquierdo hasta la punta de mi nariz.

Al frente de las sirenas estaba tía Tula, ya sin anteojos, pues el tritón había encontrado para ella un coral curativo que le permitía mantener muy abiertos los párpados sin sufrir las molestias de la sal.

—¡Sabina! —gritó tía Tula, corriendo a abrazarme.

—¡Sabina! —gritaron las sirenas, acompañadas en su grito por el ronco aullar del cuerno que soplaba el tritón.

Godofredo, rodeado de maletas, aguardaba a pocos pasos. Entonces lo presenté a las sirenas.

Tía Tula se acercó a mirarlo, y desde el primer instante fueron buenos amigos.

Y hubo fiestas inolvidablemente hermosas el día de mi matrimonio. Mis padrinos fueron tía Tula y Godofredo. Y tres sirenas pequeñas me llevaban la cola.

Somos felices desde hace tiempo. Las sirenas se han vuelto vegetarianas y ya no piensan en provocar naufragios. Godofredo ha plantado en los huertos submarinos todas las semillas que se trajo de la tierra, y puedo asegurar que los tomates, las papas y las lechugas del mar tienen un sabor que es una fiesta para el paladar de una sirena bien educada.

Vivo en un palacio de oro. El tritón es un perfecto marido. Sólo me abandona algunas horas, cada mes, cuando ha de ir a sonar su cuerno, para que el mar se agite y aülle. Y estas breves horas las aprovecho escribiendo mis memorias. Soy una sirena activa, y no puedo permanecer ociosa.

## HERNÁN DEL SOLAR Y SUS OBRAS

**H**ernán del Solar nació en Santiago el 19 de septiembre de 1901. Fueron sus padres Alberto del Solar Valdivieso y Josefina Aspillaga Achurra.

Su vocación literaria se manifiesta tempranamente durante su vida escolar, que transcurre íntegramente en el colegio San Juan Bautista de Lasalle. A los 18 años publica su primer libro, su único libro de poemas *Senderos*. Recién cumplidos los 19 se incorpora a la redacción de la revista *Zig-Zag*, en la que aparecen sus primeros cuentos.

Junto a narradores y poetas de la época, en 1928 funda la revista *Letras*. El grupo integrado por Salvador Reyes, Luis Enrique Délano, Angel

Cruchaga Santa María y Manuel Eduardo Hübner, comienza a ser conocido como "imaginista"

Entre 1932 y 1934 se desempeña como asesor literario de la Editorial Zig-Zag, cargo que desde el año siguiente sirve en la Editorial Ercilla. En ambas casas editoras cumple una importante labor de traducción de grandes autores europeos, facilitando su conocimiento y difusión en Chile. Al mismo tiempo inicia su labor de crítico literario, que continuará durante prácticamente toda su vida en distintos diarios y semanarios, principalmente en *La Nación*, *El debate* y *El Mercurio*.

En 1935 contrae matrimonio con Elena Petit Marfán, con quien tendrá un hijo —Emilio—, actualmente un gran matemático que reside en París.

En 1946 funda la Editorial Rapa Nui, destinada a publicar exclusivamente libros para niños. En sus cuidadas ediciones entregó a varias generaciones títulos como *El choroy de oro*, de Mariano Latorré, *Cocorí*, de Joaquín Gutiérrez; *Guauguau y sus amigos*, de Luis

Durand, *Papelucho*, de Marcela Paz, y los muchos de su propia autoría.

Estos últimos nacieron debido a que como los libros que encargaba escribir para Rapa Nui no se los entregaban a tiempo, el propio Hernán del Solar empezó a escribir innumerables relatos para niños. Con el fin de que su nombre no se repitiera demasiado, iba inventándose seudónimos. Bat Palmer, Ricardo Chevalier, Juan Cameron y muchos otros. Pese a la rapidez con que debió crear estos libros, muchos de ellos están entre los más entretenidos y bien escritos de la literatura infantil chilena. *Las aventuras de Totora*, *La Porota*, *Mac*, *el microbio desconocido*, *Kid Pantera*, *Cuando el viento desapareció*, *El crimen de la calle Bambi*, *Memorias de una sirena* y no menos de una veintena de otros títulos. Más que cuentos largos, todos ellos son, por su escritura, novelas breves o *nouvelles*.

Pero Del Solar no sólo fue autor de *nouvelles* infantiles. en 1942 publicó su primera colección de cuentos para adultos *Viento verde*, y en

1952, la segunda. *La noche de enfrente*. Este último contiene algunos de los mejores cuentos escritos en Chile, como su muy antologado "Rododendro"

Más tarde publicaría *Los hombres y las cosas*, pensamientos, *Breve estudio y antología de los Premios Nacionales de Literatura*, 1965, y *Premios Nacionales de Literatura*, 1965.

En 1952 había sido designado profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

El 4 de noviembre de 1968 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, y al año siguiente fue elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Hernán del Solar murió en Santiago el 22 de febrero de 1985.